N. 110

COMEDIA

EN PROSA:

LAS CARCELES DE LEMBERG.

EN CINCO ACTOS.

PERSONAS.

El Rey de Polonia.
El Conde de Novogord.
El Baron de Eivingh.
El Senescal.
El presidente de Bramann.
Steing. } Diputados del crímen.
Mayor. }
Brin. Alcalde de las Cárceles.
Cárlos Polbieski. Marido de
Emilia de Wertlay.
Secretario del Senescal.
Isabel. } Suplicantes.
Un pobre. }
Un Oficial de la sala.
Mozo de la cárcel, pages, guardias.
Capitan de ellas.
Un comparsa de lebita.
Comparsas de húsares, de villanos.
Criados. Director del Hospicio.
Alguaciles y pueblo.



La Escena se representa en Lemberg, capital de la Rusia Polaca.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa del Senescal.

ESCENA I.

Conde de Novogord, Isabel, un Pobre y Brin.

Conde. Entrad, buenas gentes, no temais. (*animándolos á entrar.*) Qué se os ofrece?

Pobre. Tenemos que presentar una súplica á el Soberano.

Cond. Muy bien; pero ahora está ocupado, y es dificil; en otro momento....

Pobre. Ah Señor! Se trata de todo: se trata del estado y de la existencia.

Isabel. Si perdemos esta ocasion, sabe Dios cuando volveremos á encontrarla; dicen que su Magestad vuelve á marchar.

Cond. Es verdad: pero apenas acaba de llegar desde su residencia á Lemberg, por primera vez, y cuando una infinidad de asuntos que ha tomado á su cargo, las ocupaciones que le ocasiona la guerra, que

está ardiendo en los confines le tienen tan agoviado...

Isabel. Ah, si es verdad que él viaja por la Polonia, con el fin de socorrer y reparar los males de los infelices: si él es tan bueno... Tan clemente... Ayudadnos, señor, favorecednos por piedad... Vos que estais á su lado, todo lo podeis: por caridad, no nos abandoneis.

Conde. Vuestras instancias excitan mi compasion, y os prometo hacer... Mas nada os ofrezco, quedaos aquí. Dentro de un momento el Soberano debe pasar por esta sala, veré... en fin, procuraré presentaros.

Pobre. Ah! nuestro reconocimiento...

Isabel. Nos dais nueva vida.

Conde. Dejáos de eso, y reparad que sale...

Isabel. Quién?

Conde. El Soberano acompañado del Senescal y su séquito: retiraos á aquel lado y esperad. (*Toma los memoriales, y se queda hablando con ellos.*)

ESCENA II.

El Rey, el Baron de Elvingh, el Senescal, séquito de caballeros, guardias, y dichos.

Brin. Ay de mí! Aquí el Senescal?... Ahora si que estoy bien. (*Se retira al fondo.*)

Rey. Senescal, quedo agradecido al buen recibimiento, y á los cuidados que habeis tomado por mí, hospedándome en vuestra casa; pero os advierto que no quiero cumplimientos, y que si se me ofreciese pasar otra vez por esta ciudad, quiero ser tratado sin ceremonia. Esta propia mañana pasaré á visitar los hospitales civiles y militares, despues las fortificaciones últimamente construidas, y en seguida comeré con vos. Necesito comunicaros algunas instrucciones.

Senescal. Me confunde el honor que V. M....

Rey. Conde de Novogord, qué haceis (*viendo al Conde*) tan retirado?

Conde. Espero ocasion de presentar á (*acercándose*) V. M. esas pobres gentes, que tienen alguna súplica.

Rey. Son esas? (*señalando á las que tiene el Conde.*) Vengan.

Conde. Aquí las teneis. (*Los acerca, se arrodillan y le entregan al Rey un memorial.*)

Rey. Juan Hermann! (*Toma el memorial y lee.*) Dónde está?

Conde. Este es. (*Señalando al pobre.*)

Rey. ¿Un pleito que se está tratando... (*despues de haber leido bajo*) cinco años hace, y aun no está decidido? Cómo pues?

Pobre. Señor, esta es la pura verdad. Hace cinco años que insto por la herencia de mis padres, la que bárbaramente me niega un cruel é ingrato pariente; se dilata, se buscan pretextos, se me lleva de uno en otro tribunal, de decision en decision, sin decidir jamás nada: entre tanto me faltan todos los medios, y me hallo reducido á la mas penosa indigencia, con cuatro hijos, que claman incesantemente por pan en la imposibilidad de alimentarlos, y mucho menos de proseguir el pleito.

Rey. Senescal, cómo es esto?... No he mandado publicar leyes que prescriben la decision de las causas en el término de solo un año?

Senescal. Así es, Señor; pero la multitud de asuntos de mayor importancia.... Diversos pleitos de personas de graduacion, que merecen alguna distincion....

Rey. Qué distincion de personas ó grado puede haber delante de la imparcial justicia de los tribunales?... Qué asunto de mayor entidad que este, que decide del estado de una entera y honrada familia?..... Este egemplar me disgusta, y me da mal agüero para los demás. No, no va bien: para reparar este desórden, os mando hagais observar exactamente las leyes relativas á esto, y ordenad que dentro de diez dias se despache la causa de este buen hombre, y para castigar la indolencia ó la parcialidad de quien ocasionó tal atraso, que pague de sus bienes los daños que ha sufrido la parte por tan larga dilacion. Lo habeis entendido? Idos. (*al pobre.*)

El Pobre hace una respetuosa cortesía, despues de la genuflexion, y besarle los pies, y se va.

Rey. (*Toma el memorial de Isabel, lo lee, y dice.*) Sois vos la Isabel de quien habla este memorial?

Isabel. La misma que á vuestros augustos pies...

Rey. Levantad. Conqué os hallais miserable?

Isabel. Sí Señor.

Rey. Y sois hija núvil de un oficial que murió en la guerra?

Isab. Sí Señor.

Rey. Cómo se llamaba vuestro padre?

Isab. El capitan Pasann.

Rey Y la pension que yo paso á las viudas, y á los hijos de los oficiales difuntos, no os basta para....

Isab. Poderoso Señor, jamás he percibido pension alguna.

Rey. Qué decís?

Isab. La verdad.

Rey. Senescal, qué significa esto?

Senesc. Señor, las necesidades del público erario eran tan urgentes, que creí poder suspender...

Rey. Creiste muy mal: la primera necesidad, el primer deber es el de satisfacer las deudas que he contraido con mis vasallos, y alimentar los hijos y viudas de aquellos soldados que han sacrificado su propia vida en mi defensa. En adelante guardaos bien de faltar á esta sagrada obligacion, y procurad reparad escrupulosamente lo pasado... Señora, desde hoy se os pagarán las pensiones, y vuestro atraso, á lo que añado de mi bolsillo esta suma (*le da un bolsillo*) la que os puede servir de dote para procuraros una honesta colocacion.

Isab. Mi corazon, mas que mis labios, bendice la mano que derrama sobre mí el júbilo y el consuelo, y os expresa mi eterna gratitud. (*Parte con muestras de agradecimiento*)

Rey. Lo veis como muchas veces, de unos asuntos que parecen de poca consecuencia se originan funestos daños? A cuántos peligros podia exponer á esa infeliz jóven la falta de aquel socorro diario?... Os lo repito, Senescal, no olvideis un instante, satisfaced mis deudas, que en lo demas pensaré yo. (*Toma el memorial de Brin, y le dice:*) De quién es esta última súplica? (*mirándole.*)

Conde. No repare V. M. en la figura del que la presenta; sí, en lo que contiene.

Senesc. Este hombre aquí?... Qué querrá? (*Aparte receloso.*)

Conde. No pide gracia alguna para sí: otro desdichado, que no puede echarse á vuestros augustos pies, implora por su medio.

Rey. Veamos. » Despues de siete años de esclavitud entre los turcos, cuyo acaso le tuvo dividido é ignorado á sus parientes y patria, Carlos Polbieski, mayor del regimien-

to del Rey, volvió á poner los pies en este suelo; con suma sorpresa se vió encarcelado sin delito, y tratado como un vil impostor, negándose á conocerle: y no teniendo otro recurso que el amparo de la recta justicia de V. M. suplica se le liberte de estas angustias, y que se le devuelva á su esposa y deudos." *(Queda pensativo.)*

Senesc. Parece que el corazon me pronosticaba este accidente.

Rey. Senescal, qué asunto es este, que no comprendo, si no se me explica?

Senesc. Señor, me hallo bien informado de ese particular, y si gustais os instruiré, dándoos noticias verdaderas del caso.

Brin. Ah infelice Cárlos, de nada te ha servido mi celo!

Senesc. Ya hace siete años que Cárlos Polbieski, primo mio, con sentimiento de todos, y particular dolor mio, murió gloriosamente en los campos del Caminiec, peleando contra los enemigos de V. M.: trajeron su cadáver con la cabeza separada á Lemberg, y fue legalmente reconocido de todo el regimiento y de los tribunales....

Rey. Y bien?...

Senesc. Sin embargo de este reconocimiento, y de todos los documentos que lo certifican, se ha presentado uno, diciendo que él era Polbieski.

Rey. Es posible?

Senesc. Sí, Señor, es un impostor, que se ignora de dónde ha salido, y tiene diversa fisonomía de la del difunto Cárlos. Este se presentó francamente, quiso darse á conocer por Polbieski, pretendiendo de este modo persuadir á los crédulos á que es el mismo; y lo que mas importa, completar el decisivo golpe de despojarme de todo su patrimonio, del cual me hallo en posesion como legítimo heredero.

Rey. Sera un loco?

Senescal. Es, Señor, un pérfido impostor, acreedor al mayor castigo. Ya tiene empezada la sumaria, y en breve quedará despachada, segun las leyes.

Rey. Lo habeis entendido, buen hombre? *(á Brin.)*

Brin Sí Señor... *(cortesía respetuosa.)* Ya me discurria yo esto mismo... *(aparte.)* Nada favorable sucederá al pobre Cárlos, ínterin este cruel esté por medio: Dios me libre de sus manos. *(Vase.)*

Baron. Señor, la nobleza toda de Lemberg, vestida de gala, espera en la antecamara el honor de ser admitida á besaros la mano.

Rey. Me fastidia el ceremonial, y me persuado que el tiempo mas mal empleado en un Soberano, es el que desperdicia en cortejar y ser cortejado... Mas es preciso conformarse al uso. Vamos.

Baron. Ya os seguimos.

Rey. A Dios, Senescal: no olvideis lo que os he dicho...

Senesc. Muy bien, Señor.... *(Parte el Rey con todo su séquito, y el Senescal le acompaña, y vuelve.)* Este accidente acaecido me desagrada, y mas que todo, me pesa que se vaya divulgando, y haya llegado á noticia del Soberano... Ah!.... El carcelero ha obrado muy mal, y es la causa... Veo cada dia mas patente que el golpe que tengo preparado es indispensable.... *(saca el relox.)* Cuánto tardan!... me prometieron venir.... Estos Señores me han favorecido otras veces, y no dudo que tambien en este lance.... *(mirando)* alguien viene... es mi Secretario.

ESCENA III.

Secretario y Senescal.

Secretario. Los diputados del Crímen esperan vuestras órdenes...

Senescal. Los esperaba: que pasen adelante. Entren Vmds. (*Parte al bastidor.*)

ESCENA IV.

Presidente, Steing, Mayor y dichos, vestidos de negro con toda propiedad.

Steing. Bésoos las manos, Señor Senescal.

Mayor. Me ofrezco á vuestras órdenes.

Presidente. Os dedico mi respeto.

Senesc. Suplícoos, tomeis asiento... (*lo hacen.*) Qué noticias me traeis?

Steing. Ninguna mas que quedais servido. Aquí teneis un auto auténtico de nuestro tribunal, que contiene la decision del proceso que se ha formado contra el supuesto Cárlos Polbieski, en el que se declara por impostor.

Senesc. Veamos (*Lo toma, abre, y lee bajo.*) El auto está perfectamente extendido; pero veo que falta vuestra firma, Señor Presidente.

Presid. Es verdad.

Senes. Y por qué no la habeis puesto?

Presid. Tengo mis motivos para no ponerla.

Senesc. ¿Pues de qué me sirve este documento sin vuestra firma?

Presid. Con las dos que tiene de estos señores, basta: no, no es necesario de la tercera para formar decision.

Senesc. Pues qué? No estais persuadido.....? Dudais de que ese supuesto Cárlos es solo un impostor?

Presid. Aun no he dicho tal.

Senesc. Cómo, pues?

Presid. Permitidme hablar claro y sin las trabas del respeto.

Senesc. Decid.

Presid. No me dijiste que existian ciertos documentos legales de la muerte de Polbieski?

Senesc. Qué mas legalidad que la certificacion de su muerte extractada de los libros de registro de su propio regimiento?.... Qué mayor seguridad que su cabeza separada del cuerpo, y reconocida de todo el egército?

Presid. Siendo eso cierto, ese hombre que se anuncia por Polbieski, no puede ser sino un impostor; y una sencilla órden vuestra basta á desterrarle del estado ó imponerle perpétuo silencio; obrar de otra suerte, es dar fe ó suponer falsas noticias de su muerte, dar cuerpo á una sombra, que por sí misma se desvanece.

Senesc. Comprendo teneis razon; pero el celo de mi gobierno..... mi delicadez.... es un asunto este en el que personalmente intereso, y ciertas miras particulares que tengo, requieren que proceda con toda la mayor cautela; y ademas exigen mayor pena que su destierro..... Por último, Señor Presidente, me es muy necesario este auto y vuestra sancion.

Presid. Siento no poder complaceros.

Senesc. Vivo persuadido no me hareis tan notable agravio..... os aseguro que mi fina amistad y reconocimiento..... y para daros un leve indicio de mi gratitud (*se quita un anillo de diamantes*) recibid esta pequeña expresion en memoria de mi afecto....

Presid. Os equivocasteis, Señor Senescal. (*rehusándolo*). Yo administro la justicia, y no la vendo..... (*con secatura.*) Quedaos con vuestro ani-

llo, que yo me quedaré con mi firma. (*Vase.*)

Senesc. Tal entereza no la esperaba.... Espero que vosotros no me desairareis esta fineza, y admitireis. (*Les presenta dos sortijas.*)

Steing. O Señor Senescal! (*Con prontitud y finura.*) Sois demasiado atento... nosotros no merecemos... Quedad seguro de que en todas ocasiones tendreis pruebas nada equívocas de nuestro celo en serviros, y de nuestro inalterable afecto.

Mayor. Tenemos á mucho honor el depender de vuestras órdenes.

Steing. Servidor de Vmd.

Mayor. Bésoos las manos. (*Vanse.*)

Senesc. Hasta despues... A lo menos estos no se hacen de rogar. El Presidente es un sugeto que empieza á disgustarme: parece inflexible, mas nada importa: ahora lo que mas conviene es el asunto que forme el argumento de esta carta; de cualquier modo que esté escrita, es suficiente, y sirve á mis proyectos; con ella no temo, y sé cómo debo deshacerme de él.... pero.... O herencia!.... Polbieski.... Cuántos cuidados y afanes me cuestas!..... Cuántos pensamientos y zozobras!

ACTO SEGUNDO.

Pequeña sala, en casa del Presidente, que comunica á las cárceles por una puerta rústica con rejas. En las paredes se verán colgados los instrumentos de la tortura.

ESCENA PRIMERA.

Brin y dos mozos de justicia.

Brin. Bajad á las cárceles y subid al supuesto Polbieski. El Presidente quiere tomarle declaracion... (*Parten los dos mozos por las rejas.*) No sé por qué causa, á pesar del carácter que obtengo por hábito, la fisonomía y los modales de este hombre han despertado en mí una.... una cierta compasion ó curiosidad, que me interesa y me habla á favor suyo, casi á fé; alguna vez estoy tentado á dudar de su sér.... pero no soy yo solo el que padece esta duda. Tambien el Presidente me ha hecho unas preguntas..... El reo llega; pobre infeliz! Qué triste y abatido está!

ESCENA II.

Los dos mozos entran por las verjas conduciendo á Cárlos encadenado, que vendrá pálido, con barba larga, pelo tendido, con un trage grosero.

Car. Dejadme sentar: en el flaco estado en que me hallo, estas escaleras me han privado el aliento.... (*respira y reconoce el sitio.*) A dónde me han conducido? (*mira á las paredes.*) Qué se quiere de mí en este sitio? (*algo extremecido.*)

Brin. Buen hombre?.... (*Le toca el hombro.*)

Car. Ah!.... Sois vos?.... Qué nuevas me traeis?

Brin. No muy buenas, amigo.

Car. Ah! ¿Fuisteis á los pies del monarca?

Brin. Sí.

Car. Y qué respuesta tuvisteis?

Brin. Otro respondió por él.

Car. Quién?

Brin. El Senescal.

Car. Cómo?.... Por qué?

Brin. Qué quereis que os diga? él en todas partes se mete, y es un móvil universal.

Car. Y qué puedo esperar?

Brin. Nada.

Car. O Dios!

Brin. Habeis caido en malas manos.

Car. Qué quereis decir?

Brin. Si supierais....

Carl. Acabad.... Hay algun nuevo infortunio?

Brin. No, lo creo: puede que yo me engañe..... pero consolaos: enmedio de vuestras desgracias habeis encontrado un protector.

Car. Y quién es?

Brin. El Presidente. Sabed tambien, que del proceso formado con vuestra persona por órden del Senescal, ha salido poco hace un auto de aquel tribunal, que os declara por impostor; pero el Presidente no le ha querido firmar.

Car. Justo cielo!

Brin. Alentad. No tardará mucho en venir... Hablando con él..... Quién sabe?... Sí, puede ser..., mas ahora que os veo á la luz del dia fuera de aquellos obscuros calabozos, me parece distingo en vuestro rostro algun pequeño indicio del personage que representais, y vuestra fachada en verdad..... Vaya.... (*Carlos se levanta con deseo de saber mas.*)

Car. Vuestra fisonomía no me es nueva.

Brin. Sin embargo de ser tan débil y remota la semejanza que teneis con él, que es casi imperceptible á los ojos mas observantes..... Yo le ví pocos dias antes que perdiese la vida: era el oficial mas bien formado de todo el egército, pelo rubio, los ojos vivos, su cara hermosa, y su porte magestuoso: vos estais descolorido, flaco, y con el pelo herizado, de modo que espantais: la nariz afilada, y toda la persona mal compuesta; y si hay alguna cosa en vos que se le parezca, es solo el mirar vuestro; pues me parece que veo el de Polbieski.

Car. Ay amigo! Polbieski era en aquel tiempo, cual vos le pintais..... mas ahora es tal como me veis: siete años de pena y esclavitud; el dolor de verme dividido de mi patria, y de una idolatrada esposa; las enfermedades y los trabajos padecidos; han desfigurado mis facciones, mi voz, y toda mi persona.... Sin embargo, el que se halla en vuestra presencia es Polbieski.... Sí, el mismo que os habla.

Brin. Pluguiese al cielo!.... Pero por desdicha tenemos un testimonio con indudables pruebas de su muerte; yo le amaba, y si viviera, no me veria reducido al mísero empleo de carcelero.

Car. Explicaos.

Brin. Por su proteccion pasé desde soldado á sargento, y quizá hubiera logrado otro ascenso: ademas le soy deudor de la vida.

Car. De qué modo?

Brin. Escuchad. Se celebraba un dia el cumpleaños del Soberano, y todo el regimiento estaba sobre las armas para dar una idea de nuestra pericia en ellas: nuestros gefes mandaron que nos dividiésemos en dos columnas; que la una asaltase y la otra defendiese un puesto atrincherado, presentando con una accion fingida la imágen de un verdadero combate. En el calor de la accion, mientras entre el polvo y el humo que nos cegaba éramos conducidos al ataque, desgraciadamente tropezé con la bayoneta armada con el Mayor Polbieski, que defendia la trinchera, y cayó al golpe gravemente herido. El hecho era demasiado público para que se me pudiera ocultar. Me arrestaron y pusieron en un calabozo; alguna pequeña diferencia que habia pasado en-

tre mí y el Mayor pocos dias antes, dió motivo á los mal intencionados para imputar el acaso á un golpe premeditado de venganza y de asesinato. Ya estaba concluido el proceso, y me hallaba irremisiblemente perdido, cuando Polbieski, sin cuidar de la herida, superior al propio resentimiento, con la voz y con las pruebas me protegió, desmintió las acusaciones, y me salvó el honor y la vida.

Car. Tú eres aquel?.... Tú? Ah! (*Transportado de gozo.*) El cielo me proporciona el hallarte, el cielo.... (*Se desabrocha el pecho.*) Mira: esta es obra de tu mano; mira la cicatriz de la herida que tú mismo me hiciste: á estas señas y pruebas dejarás de dar fé?.... Dí ahora, si puedes dudar que yo sea el mismo Polbieski?

Brin. Qué es esto?.... La misma cicatriz y en el mismo parage la tenia Polbieski.... En verdad que empiezo á confundirme.... Vaya, si apenas lo creo.... Oh! Es preciso verlo todo mejor, avisar al Presidente, y descubrir.... Aguardad un momento..... De cualquier modo vuestra situacion me interesa, y prometo en vuestro favor.... quiero probároslo ... Llamo al Presidente, y al momento vuelvo. (*Vase.*)

ESCENA III.

Carlos, y despues el Presidente, y Brin.

Car. Qué querrá decir? Yo no lo entiendo.... Mi relacion le ha agitado, y me pareció.... Dios mio, tú que ves mi corazon, concédeme el consuelo de abrazar á mi adorada esposa una sola vez, y recibiré contento la muerte.

Brin. Aquel es.

Presid. Depejad. (*A los mozos que habrán estado á la vista, y se van.*)

Brin. Idos á fuera para lo que se ofrezca. (*El Presidente se adelanta mirándole atentamente de pies á cabeza.*)

Car. Qué significa, Señor, esta ceremonia?

Presid. Nada siniestro. Si te falta un padre, en mis brazos lo hallarás.

Car. Ah!... Vos sois el primero (*con dolor.*) en quien oigo el idioma de la piedad, desde que entré en este funesto pais.

Presid. Estás afligido?

Car. Lo estoy de siete años á esta parte; pero este último golpe me es tanto mas sensible cuanto menos estaba preparado para recibirle.

Presid. Hijo mio, sabes quién soy? (*tomándole la mano*)

Car. Sí Señor.

Presid. Querrás fiarte de mí? Me concederás tu amistad?

Car. Mi corazon la desea.

Presid. Pues háblame francamente y sin reserva alguna: yo te juro por el carácter sagrado que me honra, que guardaré tu secreto con escrupulosidad.

Car. Voy á hablar.

Presid. Siéntate.... (*lo hacen los dos*) Sabes que tu vida se halla en el mayor peligro?

Car. Es posible!

Presid. Un funesto auto que el Tribunal....

Car. Os comprendo: me horrorizo al mirar la verdad tan lejos de los umbrales de la justicia. Pocos años de ausencia....

Presid. De dónde veniste? En qué tierras has estado? Cuál fue tu refugio?

Car. Andrinópoli. Desde que entré en aquel pais tan fatal para mi liber-

tad, parece que desplomó sobre mí su maldicion el cielo: los desastres y los afanes fueron mis compañeros inseparables: herido y casi moribundo caí en poder de nuestros enemigos, que sordos á mis voces, y á las de la piedad, me sepultaron en un abismo, en donde mil y mil víctimas desgraciadas gemian igualmente entre los pestíferos alientos que nos circuían: aquel horrendo subterráneo parecia el albergue de la muerte: allí se veían mil soldados amontonados faltos de todo, implorando la muerte. Todo era desesperacion y lamentos. Un pan negro y mohoso era nuestro alimento; y una medida de agua pestífera, apagaba la ardiente sed que abrasaba nuestras entrañas. De improviso nos sacaron de aquella espantosa cárcel para conducirnos á otro encierro: yo supe aprovecharme de aquel instante favorable; y ya fuese suerte, ó viveza mia, logré engañar la vigilancia de las guardias, y escapar de sus manos. Anduve vagando por paises desconocidos, atravesando montes, y siguiendo valles y bosques, sin guia ni socorro, y las mas veces careciendo de los necesarios alimentos; el campo abierto me servia de albergue, y las yerbas de cama; despues de tantas penalidades, volví á ver mi amada patria: y cuando esperaba consolarme en los brazos de mi esposa é hijo, cuyo paradero ignoro, encontré la mayor ingratitud, me vi desconocido y preso, por órden del Senescal mi pariente.... O Dios mio!... Y tal vez no saldré de aquí sino para el último suplicio.

Presid. ¡Infeliz, que no te se puede dar otro nombre; si efectivamente eres Polbieski, si no mientes, procura probarlo auténticamente, evitando el peligro que te amenaza; mas si todo es ficcion, estremécete y tiembla!

Car. Puesto á vuestras plantas, como si me hallase en el último instante de mi vida, os juro que soy el infeliz y perseguido Cárlos Polbieski... Creedlo á vista de estas lágrimas, hijas de mi dolor... (*Entusiasmado.*) Creedlo á vista de mi intrepidéz y franqueza, que manifiesta mi verdad... Creedlo á vista de estos irrefragables testigos que pude conservar á costa de mi vida.... Este solo es la patente con que se me confirió el grado de Capitan, pocos meses antes de mi esclavitud.... Este es el retrato de mi esposa Emilia: si mis palabras no os mueven, si tales pruebas no os persuaden; en nombre de la humanidad y de la justicia, os suplico que me presenteis al Soberano; yo me sujetaré á cualquier careo; yo mismo seré el defensor de mi inocencia; en mis palabras, en mi intrepidéz y en mis obras reconocereis que soy Polbieski.

Presid. No me engaño.... ese entusiasmo, ese fuego.... estas señas.... Quién podrá ser sino él?... Yo creo será verdad cuanto acabais de decirme: sin embargo son necesarias pruebas mas convincentes. ¿Quién testificará á vuestro favor? Quién os conocerá por Polbieski desmintiendo los documentos de vuestra muerte?

Car. Quién?... Aquella que tantas veces he pedido en valde: la suspirada compañera de mi vida, mi esposa Emilia, á quien no he vuelto á ver desde aquel infeliz instante. Ella descubrirá quien soy, á pesar de la mudanza de mi suerte; solo esta gracia imploro, os la pido rendidamente.

Presid. El cielo me inspira... (*Con resolucion.*) Dame esa carta; pronto volveré: de nada te asombres: ten firmeza, y espérame con tranquilidad.

Car. A dónde vais?

Presid. Al palacio del Senescal.

Car. Con qué fin?

Presid. A echarme á los pies del Soberano.

Car. Qué pretendeis hacer?

Presid. Ya lo sabrás.

Car. Veré á mi esposa?

Presid. Sí.

Car. Cuándo?.. Dónde?.. Y mi hijo?.. Vió la luz del dia?.. Vive?..

Presid. Vive.... Los dos son mucho mas desdichados qué tú.... están deshonrados, carecen de libertad y de socorro.

Car. Justo cielo!

Presid. No me detengas mas..... A Dios....

Car. Vos quereis....

Presid. Llegar hasta los pies del trono, hacer triunfar la inocencia y la justicia, ó perecer víctima de la maligna impostura; pero libre de remordimientos.... (*Parte.*)

Car. Sagrado cielo!... protege mi causa. (*Se va conducido por los mozos á la cárcel.*)

ACTO TERCERO.

Gabinete magnífico, con arañas encendidas, mesa decente con escribanía, luces y sitiales.

ESCENA PRIMERA.

Rey y Conde con una carta.

Rey. Qué carta es esta?

Cond. Del Generalísimo.

Rey. Qué contiene?

Cond. Solicita vuestra marcha al egército.

Rey. Contestadle al momento que mañana proseguiré mi viage.

Cond. Quedo enterado.

Rey. Y esos papeles?

Cond. Son todos memoriales.

Rey. Qué piden?

Cond. Justicia contra el Senescal.

Rey. En qué materia?

Cond. Si su contenido fuese verídico hay cosa que...

Rey. ¡Qué especie de hombre es ese Senescal!

Cond. Dícese que es mas afecto á la utilidad, que á la hombría de bien.

Rey. Y ese otro papel?

Cond. Es contrario á los precedentes.

Rey. Qué es?

Cond. Un memorial del Senescal.

Rey. Qué solicita?

Cond. La reforma del Magistrado.

Rey. De quién?

Cond. De Bramann, el Presidente del Crímen.

Rey. Qué motivo alega?

Cond. Su mala administracion de justicia.

Rey. Os informasteis de este sugeto?

Cond. Sí señor.

Rey. Qué aclarasteis de los informes?

Cond. Toda la Ciudad lo aclama por justo é incorruptible.

Rey. Pues cómo?... Dádmele. (*Toma el memorial.*)

ESCENA II.

El Baron de Elvigh, y dichos.

Bar. Señor? Vengo á suplicaros la gracia de conducir á vuestros pies una persona que está aguardando en la antesala.

Rey. Quién es?

Bar. El Presidente Bramann.

Rey. El Presidente?... Ya concibo la causa.... Que le conduzcan, vendrá á defenderse.

Bar. Es muy diverso el motivo; permítale V. M. entrar....

Rey. Mañana, Baron, mañana.

Bar. Se trata de un asunto que pertenece á su Tribunal, y á la vida de un infeliz.

Rey. Siendo así, no se pierda un instante, que entre.... (*Parte el Baron.*) Suspendamos dar curso al memorial; y pues él viene aquí, conozcamos mejor el fundamento de las acusaciones.

ESCENA III.

Baron, Presidente, y dichos.

Bar. Aprovechad este favorable momento. (*Conduciéndole hácia el Soberano.*)

Presid. Permitidme, gran Señor, que lleno del júbilo mayor, y conmovido de la mas tierna agitacion de la gracia que me concedeis, me postre á vuestras reales plantas. (*Va á hacerlo.*)

Rey. Deteneos. Qué importante causa os conduce á estas horas?

Presid. La pública voz que anuncia vuestra marcha tan repentina; por lo cual he resuelto prevenir....

Rey. Verdad es, sentáos.

Presid. Señor... este honor....

Rey. Sentáos; yo os lo mando.

Presid. El obedeceros es ley (*Lo hace.*)

Rey. Retiraos. (*A los demás, que lo hacen.*) Hablad.

Presid. Antes de todo, permitidme que á cuanto debo exponeros, haga preceder un acto indispensable. Yo deposito en vuestras augustas manos este diploma, que me eleva al glorioso empleo de Presidente de uno de vuestros Tribunales, una renuncia total de mis bienes, supuesto que no tengo hijos, á favor de la Real Hacienda, y por último deposito en ellas mi vida, mi honor, y toda mi persona. (*Deja unos papeles en la mesa.*)

Rey. Por qué esa ceremonia?

Presid. Porque sirva de fianza á la verdad de mi labio: si miento, quitádmelo todo, confundidme en el oprobio, agravad la vengadora mano de la justicia sobre mi cuello; pero si expongo verdades, me volvereis el honor, la vida, el empleo, y vuestra gracia. Hecho esto, nada me intimida; pues franco y superior á cualquier peligro, descubriré á V. M. unas verdades que se ocultan bajo el imperio de una perfidia, á la que todo obedece; y que sería muy fatal á cualquiera que la manifestase á otro que á V. M.

Rey. Pero de quién me hablais?

Presid. De aquel á quien de muchos años á esta parte habeis confiado la tranquilidad y el gobierno de una entera provincia; de aquel que os engaña, que os es traydor, ínterin aparenta serviros; de aquel que lejos de vuestros ojos, en vuestro nombre, arbitrariamente dispone de los bienes y vidas de mil víctimas, á las que nada les deja mas que el rencor, y una impotente desesperacion. Hablo del Senescal.

Rey. Os atreveis (*Se levanta irritado.*) en mi presencia á hablar de ese modo de un Ministro de....

Presid. Mi vida está en vuestras manos: oprimidme, castigadme: (*De rodillas.*) pero no atribuyais á delito lo que hablé verdad delante de vuestra Soberana Magestad. Halle al menos abrigo á los pies del Solio, ya que

está desterrada de todo lugar.

Rey. Sentáos, y proseguid. (*Se recompone y se sienta.*)

Presid. No os hablaré, Señor, de una multitud de extorsiones y raptos cometidos contra los inocentes vasallos vuestros: no de su gobierno arbitrario y prepotente: no de la justicia corrompida y mercenaria, de las sentencias vendidas, de los crímenes no castigados, de las cabalas y monopolios.... No, Señor, no he venido á acusar al gobierno; sí á implorar contra él vuestra recta justicia, no para mí, sino para un infeliz, blanco de la opresion; por este solo os suplico.... indague V. M. su conducta, y al momento conocerá sus culpas.

Rey. Y puedo creerlo? será verdad?

Presid. Oidme, Señor, y os horrorizareis. Hace ya siete años que un honrado Oficial, procedente de una ilustre familia, mientras ardía la guerra en los confines, desapareció, y no se supo de él noticia alguna: se quiere hacer creer su muerte; se presentaron falsos indicios, los que atestiguan su muerte. El no dejaba en el mundo sino un primo, que es el Senescal, y una esposa jóven: sus bienes, en caso de no tener sucesion, pasaban todos á aquel. Despues de algun tiempo se manifiesta que Emilia, que así se llama la esposa, llevaba en su seno el fruto de aquella feliz union. El Senescal enfurecido palpitaba por temor de que diese á luz un hijo que le privase de la rica herencia. Por uno de aquellos fenómenos, que pocas veces la naturaleza produce, aunque muchas acontece, el parto sucedió diez meses despues de la ausencia del padre. Esto bastó para dar motivo al ánimo inquieto del Senescal á maquinar el mas inicuo y pérfido atentado. Acusa á Emilia de un clandestino comercio, del mas feo y horrible delito que se puede imputar á una muger. Se encuentran diputados precarios, que reciben la acusacion, testigos seducidos que la comprueban..... La creereis, Señor? Aquel mismo Tribunal, del que hoy tengo el honor de ser Presidente, á cuyo cargo no estaba entonces elevado, pronunció el inicuo fallo, declaró culpada la madre, infame el fruto de sus entrañas, mandando encerrar al uno en el parage en donde el olvido y la deshonra cubre al que entra en él, y á la otra al rigor de las leyes; degradada, con abusos, se la puso en una prision á llorar su inocencia infamada, para que acabe en ella una vida mil veces peor que la muerte. ¿Corazones tan pérfidos, espíritus tan crueles pueden existir en el mundo, y hay tierra que los sostenga y no se abra, sepultándolos bajo el peso de su enormidad?

Rey. O Dios!.... Este caso ha alterado mi espíritu..... (*Enojado.*) Ese hombre tan perverso.....

Presid. Suspended, Señor, vuestro enojo, y oidme el resto de la funesta catástrofe á que se dirigen los atentados de un indigno. El infeliz Polbieski que se supuso muerto, despues de siete años de la mas cruel esclavitud, huye de sus enemigos, y vuelve á la patria. Este golpe, no ignorado del Senescal, destruía sus artificios. Preséntase Polbieski pálido, seco, y casi desfigurado por las muchas penas y enfermedades padecidas mientras estuvo prisionero, de forma que su trage y figura en parte desmentian ser el mismo. Aprovecha el Senescal y saca partido de este acaso, y con el apoyo de falsos documentos de su muerte, se decide que aquel es un impostor: se le lleva á la cárcel, y se le forma un proceso; por cuyas prue-

bas decide nuestro Tribunal por una conclusion (no firmada por mí) que aquel no es Cárlos Polbieski, y de este modo en breve se le dispone un suplicio.

Rey. Qué oygo!... pero ¿qué pruebas, qué certidumbre teneis vos de que ese hombre sea el propio Cárlos?

Presid. Todas aquellas que suministran la verdad y la evidencia, y entre ellas la de esta patente de Mayor, que reservaba consigo, que es la suya, y firmada por la augusta mano de vuestro ínclito padre difunto.

(*Mirando el Rey la Patente.*)

Rey. Baron, pasad al cuarto del Senescal, y decid que quiero hablarle....

(*Parte del Baron.*)

Presid. Ah! Señor.... por piedad no me exponga V. M. á la vista de ese hombre.... Quizá podria....

Rey. Nada temais.... no estareis presente, ni yo interrumpiré el curso de sus secretas pláticas.... Mi intencion no es mas que sorprenderle en su culpa.... pero antes mirad.

Presid. Qué es esto, Señor?

Rey. Es un recurso que hace el Senescal contra vuestra persona.

Presid. Contra mí!

Rey. Leed.... Qué os parece?

(*Lo mira, y lee bajo.*)

Presid. No me admira.

Rey. Sabeis lo que he resuelto?

Presid. Qué, Señor?

Rey. Complacerle por pocos momentos: fiad de mí, y tranquilizad vuestro espíritu.

ESCENA IV.

Baron, y dichos.

Bar. El Senescal viene.

Rey. Retiraos á aquel gabinete (*al Presidente.*) y esperad mis órdenes...

Presid. Obedezco.... (*Parte.*)

Rey. Conde de Novogord, poned el decreto: »como se pide" en este memorial. (*El Conde se pone á escribir.*)

El Baron se va, y vuelve á su tiempo.

Rey. ¡Con qué voces, con qué razones me ha electrizado el Presidente! ¡Qué rasgos de verdad me ha manifestado!.. Yo tiemblo de ira..... ¡Un hombre tan pérfido.... tan perverso y traydor!... Suspendamos por un poco de momento el rayo de la venganza, y descubramos hasta dónde se extiende la malicia, la iniquidad de los hombres. ¡Qué desgracia es para un Monarca, tener que fiarse de tales monstruos, y ser el solo garante de los daños que ellos causan!

Cond. Ya está el decreto.

(*El Rey le lee, y firma.*)

ESCENA V.

Baron, el Senescal, y dichos.

Bar. Entrad.

Senesc. Señor, pues me haceis digno de tanto honor, vengo á recibir vuestros venerables preceptos.

Rey. O, mi Senescal!.. hasta ahora hemos hablado de vos: leí vuestra súplica. No me detendré en apurar los motivos que os han determinado á hacerla; porque supongo que las miras de un hombre destinado á representar mi Persona en el gobierno, han de ser forzosamente justas y dirigidas al bien comun. Aquí teneis el decreto que depone al Presidente de su empleo. Dejo, pues, á vuestro cuidado el proponerme, con la mayor prontitud que sea posible, otro sugeto digno de substituirle,

porque deseo que la justicia tenga su curso, y no quede interrumpida por faltar quien la administre.

Senesc. Me llena de gozo la confianza con que V. M. se digna honrarme: haré cuanto esté de mi parte.

Rey. Conozco vuestro zelo, y descanso enteramente en vos: pero decidme: Cómo está el asunto de aquel supuesto Polbieski?

Senesc. Casi concluido, y legalmente comprobada su impostura.

Rey. Cómo?

Senesc. Por su proceso, y por la decision del Tribunal..... Véala V. M. (*Se la da.*)

Rey. Está bien..... (*Despues de haberla leido.*) Sin embargo, ved lo que son las cosas. Hay sugeto que pretende poner en duda esa impostura.

Senesc. En qué se funda?

Rey. En muchas razones; pero principalmente en esta (*Se la da.*) patente que se le halló encima.

Senesc. Este escrito carece de fuerza.

Rey. Por qué?

Senesc. Esta patente puede probar únicamente que Polbieski tenia el grado de Mayor; pero no que el que la tenia en su poder sea el mismo Polbieski.

Rey. Cómo?

Senesc. Cuando ese impostor resolvió pasar por Polbieski, sin duda conoció que necesitaba de algun documento para acreditar la mentira: es muy factible que encontrase en el cadáver de Polbieski esa patente que le servia para el caso.

Rey. Es muy verosímil, particularmente cuando de todas las pruebas resulta su impostura..... cuando una decision legal la comprueba.... pero á otra cosa..... Estaba acaso Polbieski?

Senesc. No renueve V. M. una llaga que todavía despedaza atrozmente mi corazon.

Rey. No os entiendo.

Senesc. Culpada esa muger del mas feo delito, me cubrió de polvo y de amargura.

Rey. Pérfido.... (*Aparte.*) Vive todavía esa muger?

Senesc. Vive.

Rey. En dónde?

Senesc. Basta, Señor, por piedad; no quiera V. M. aumentar mi afliccion con su recuerdo.

Rey. Bien. Me bastan estas noticias.

Senesc. Con vuestro permiso me retiraré. (*Hace que parte.*)

Rey. Emilia.... Emilia.... (*Discursivo.*) De qué familia es esta muger?

Senesc. De la de Wértlay.

Rey. Está bien. Emilia Wértlay? Idos.

Senesc. Qué preguntas! Qué tono tan misterioso! Mucha (*Aparte.*) viveza se necesita para desvanecer toda sospecha; pero mi designio es seguro. Ya no hay que temer la sombra del Presidente. Apresuraré su egecucion. (*Parte.*)

Rey. Es posible que haya corazones tan pérfidos? (*Paseándose.*) Almas tan viles? Llamad al Presidente. (*Al Baron, que lo hace.*)

Bar. Entrad. (*Al Presidente.*)

ESCENA VI.

Presidente, y los dichos.

Presid. Ah Señor!.... Si se le da un instante de libertad á ese monstruo, completará sus asechanzas contra la vida del desdichado Polbieski. Despues, de qué serviría que vuestro rigor descargase su justicia sobre el delincuente? No es mejor impedir el delito?

Rey. Le impediré, sí, le impediré:

hombre grande y sensible, vasallo fiel, amigo de la ju ticia y gloria de tu Soberano, mereces mi mayor confianza y mi fina amistad. Yo me abandono á tus manos. Si empezaste iluminando á tu Príncipe acerca de los males que le afligen á una provincia angustiada por un infiel Ministro; á tí te toca completar esta grande obra. ¡Qué tiempo mas precioso para un Monarca que el que emplea en procurar la felicidad de sus vasallos! El primer objeto y el mas sagrado de mis cuidados es la dicha comun: como la consiga, no siento incomodidades. Vamos, mañana he de partir, solo me queda una noche; pero espero aprovecharla. Tú guia mis pasos, pues eres digno de ello: sorprendamos los delincuentes: castíguese el delito, y defiéndase la inocencia. (*Parten.*)

ACTO CUARTO.

Grande corredor de las cárceles con puertas que conducen á diferentes estancias; á un lado una escalera, por la cual se entra al corredor, al otro lado otra escalera que conduce á varias prisiones; en el fondo puerta grande cerrada. En medio arde un farol. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

Brin con la linterna, y un mozo de la cárcel con un manojo de llaves en la mano.

Brin. Estévan, lo has oido?... dos veces han llamado á la puerta... Quién será á estas horas?

Mozo. Voy á verlo. (*Parte.*)

Brin. En esta posada á todas horas llegan huéspedes; unos vienen y otros van, y jamás gozo descanso completo: pero al fin es preciso tener paciencia.

Moz. Pronto, pronto, acudid con la luz.

Brin. Qué ha sucedido?

Moz. Ha llegado el Presidente con dos señores, que no conozco, y preguntan por vos: venid, venid pronto.

Brin. Qué me querrán á estas horas?

Moz. Ya llegan. (*Parte.*)

ESCENA II.

Baron, Presidente, Rey y dichos.

El Rey y el Baron saldrán con un sobretodo que les cubre sus propias vestiduras.

Brin. Señor, V. S. aquí? (*Saliéndole al encuentro.*) Perdonad, pero hay una novedad.

Presid. Cuál es?

Brin. El Senescal me ha pasado órden de que no os permita la entrada aquí, y que no conduzca preso alguno á vuestro Tribunal.

Presid. Pues aquí teneis otra órden del Soberano, que os manda lo contrario.

Brin. Obedezco y callo. (*Despues de haberla mirado á la luz de la linterna.*)

Presid. Habeis visto todo lo que contiene?

Brin. Sí señor.

Presid. Debeis conformaros á cuanto yo disponga.

Brin. Muy bien.

Presid. Empezad á obedecer; conducid á estos Señores y la gente que se halla fuera, á la sala de mi Tribunal, que comunica á estas cárceles por la puerta secreta.

Brin. Luego?

Presid. Al instante.

Brin. Obedezco.... Qué será esta novedad? (*Aparte.*) Seguidme Señores.

Rey. Voy.

Presid. Sobre todo os impongo silencio en cuanto veais y escucheis.

Brin. Sé mi obligacion.

Presid. Volved aquí luego.

Brin. No perderé tiempo..... A este (*Aparte.*) no le conozco, y al otro apenas le distingo..... Quién serán? (*Se va con el Baron por la escalera de la entrada.*)

Rey. Cuál es vuestro designio?

Presid. Os he traido á este parage para haceros testigo de las verdades que antes os declaré. Este es el parage donde el pérfido Senescal vendrá á completar su traicion.

Rey. Y creereis que venga?

Presid. He tenido aviso cierto.

Rey. No podré contener mi furor á su presencia.

Presid. Si desea V. M. descubrirlo todo, y convencerle en medio de sus culpas, moderad vuestra ira, sosegaos, y por un solo momento fiaos de mis consejos.

Rey. Me contendré?

ESCENA III.

Brin, y los dichos.

Brin. Aquí estoy á vuestras órdenes.

Presid. Decid: En dónde está la infeliz muger de Polbieski?

Brin. No tengo tal muger bajo mi custodia.

Presid. Cómo! Emilia Polbieski, no se halla en esta cárcel?

Brin. Se halla una Emilia, pero no es Polbieski.

Presid. Se llama Wértlay?

Brin. Eso sí.

Presid. Esa es la que busco.

Brin. No he sabido su estado en mas de seis años que me hallo aquí.

Presid. Poco importa. Necesito verla.

Brin. Señor, las órdenes del Senescal...

Presid. Y las del Soberano?

Brin. Teneis razon, obedezco. Eh? (*Llama.*)

ESCENA IV.

Mozo y dichos.

Moz. Qué mandais?

Brin. Las llaves.

Moz. Aquí están.

Brin. Ven conmigo. (*Sube á la escalera que conduce á las estancias, y á la mitad de la escalera abre una puerta.*) No sé si podrá caminar, despues de tantos años que no hace egercicio. Es regular haya perdido el uso y la fuerza. (*Entran.*)

Rey. Infeliz! A tanto ha llegado la crueldad del Senescal con ella?.... Apenas puedo contener mi enojo!

Presid. Esta es la primera escena: las restantes os llenarán de horror.

ESCENA V.

Brin y el Mozo sosteniendo á Emilia, y ayudándola á bajar, la que sale pálida, vestida con extrema miseria, y muy abatida.

Emil. ¿Quién me saca del abismo (*Con voz desmayada.*) en que he vivido sepultada? Ay de mí! mis débiles rodillas no pueden sostener el peso de mi abatido cuerpo..... Dejadme, dejadme en mi horrorosa situacion...

Brin. Alentaos: estos dos Señores desean veros.

Emil. O vosotros que sois testigos de mi estado, si teneis un rasgo de compasion en vuestro pecho, quitadme la vida y libradme de tantos afanes.

Presid. Sentadla allí. (*Brin y el mozo lo egecutan.*)

Brin. Quereis otra cosa?

Presid. Retiraos, y aguardad mis órdenes; dentro de poco os necesitaré.

Brin. En qué parará esto? (*Aparte, y vanse.*)

Emil. Quiénes sois, señores mios?...... Qué quereis de mí?.. Habeis venido para verme acabar esta vida infeliz?.. Podré esperar el último golpe? Sois enviados del Senescal?

Presid. No: venimos de órden del Soberano.

Emil. Justo cielo!..... El Soberano!... (*Trastornada.*) Gran Dios!.... Habeis oido acaso los fervientes votos que os he dirigido desde mi horrenda prision?

Presid. Calmaos: no agiteis mas vuestro oprimido espíritu con transportes de furia.

Emil. Pero.... Es verdad?.... Llegó á oidos del Monarca la triste historia de mis desgracias?

Presid. Sí Señora. El Monarca lo sabe todo.

Emil. Lo sabe?

Presid. Sí; y está mas cerca de lo que os podeis imaginar; pues se halla en Lemberg.

Emil. S. M. en Lemberg?

Rey. Sí: armado de todo el rigor de su cólera contra los traidores, y viles delincuentes.

Emil. Ah! Si en vuestro corazon alimentais la piedad y la compasion, á vista de mis infortunios; dirigid, guiad mis pasos á sus augustas plantas. Dejadme besar, antes que muera, la gloriosa mano de ese jóven héroe, y haced de modo que pueda descubrirle mis afanes, desventuras, y el indigno brazo que me oprime. El Rey es justo, humano y clemente, y por lo mismo será protector de los infelices, y azote de los impíos.... si hablais verdad, si teneis algun poder, libradme de la infamia que me cubre: volvedme mi honor, y mi hijo; que logre abrazarle, estrecharle en mi regazo maternal, y cubrirle con mi llanto de placer.... os lo pido.... os lo suplico rendida á vuestros pies con el mayor fervor.

Rey. Levantaos, lograreis vuestros deseos.

Emil. Yo abrazaré los pies de mi Soberano?

Rey. Sí....

Emil. Veré á mi hijo?

Rey. Tambien.

Emil. Desdichado! Hijo infeliz! Tú vives todavía? La crueldad de los hombres te acrimina una culpa la mas infame entre los viviente, la de ser fruto de un enlace ilegítimo.

Presid. Por qué no hablais de vuestro esposo?

Emil. Ay Dios mio! (*Llora.*)

Presid. Llorais?

Emil. Con qué golpe tan cruel me habeis pasado el corazon!

Presid. Qué fue de vuestro esposo?

Emil. Le perdí.... Ah desgraciada Emilia!....

Presid. Cuándo le perdisteis?

Emil. Siete años hace, peleando por su Rey en la batalla de Caminiec.

Presid. Estais cierta de ello?

Emil. Ojalá no lo estuviese! ójala no hubiese visto los funestos testigos de su muerte!

Presid. Sin embargo, hay quien afirma que Polbieski vive, y que está

pronto á comprobarlo.

Emil. Polbieski!.... Es posible! Cómo? Ah! qué débiles esperanzas intentais despertar en mi alma!

Presid. Vos misma le oireis.

Emil. Ah, Señor!... cómo me habeis electrizado!.... Qué sudor me cubre!

Presid. Recobrad vuestra calma: sosegaos.

Emil. Quién es?..... dónde está ese hombre?..... Que le vea, que le oiga, y salga de una vez de la cruel inquietud que agita mi pecho.

Presid. Ya lo vereis.

Emil. Cuándo?

Presid. Ahora mismo. Ola?

ESCENA VI.

Brin, y los dichos.

Brin. Qué ordenais?

Presid. Conducid aquí á aquel hombre á quien esta mañana tomé declaraciones.

Brin. Al instante.

Se dirige á abrir otra estancia.

Emil. Justo y piadoso cielo, dadme fuerzas en este momento!..... Cómo se agita mi corazon al renovar la memoria funesta del solo hombre que ha sido admitido en mi corazon! Llenémonos de una imágen tan dolorosa. Yo nada espero, de nada me lisonjeo, sino de sumergirme mas y mas en el dolor y la desesperacion.

ESCENA VII.

Brin y Polbieski, que salen por la puertecita, y dichos.

Brin. Aquí le teneis.

Presid. Poned la luz allí, y retiraos.

Brin. Está bien. (*Pone la luz encima de un peñasco, y se retira.*)

Car. Vos, Señor, aquí? A estas horas? Qué me anunciais?

Presid. Buenas nuevas; por ahora, no os digo mas; en otra ocasion, os participaré..... entre tanto, ved que aquella señora desea hablaros.

Car. A mí? O Dios!.... En este trage...... en el estado en que me hallo..... no tengo valor.....

Presid. No importa: es preciso la oigais, y quizá no os pesará haber tenido esta ocasion.... id: este caballero y yo nos retiramos, y os dejamos en entera libertad para que os hable.

Se retira al fondo con el Rey.

Car. Sois vos la que desea hablarme?

Acercándose á ella temeroso.

Emil. Yo, que despues de siete años de súplicas y llantos hallo por la vez primera á mis semejantes, y busco inútilmente algun rayo de esperanza que alumbre la noche de mis infortunios.

Car. Dios mio!..... Esta voz..... Estos acentos no desconocidos (*Aparte*) penetran y agitan mi corazon.... mas en vano. Ahora veo que no soy el mortal (*A ella.*) solo á quien la suerte ha colmado de desventuras.... Vos tambien?....

Emil. Nadie, mas que yo, ha sido su víctima; mi juventud ha experimentado toda la injusticia y crueldad de que son capaces los hombres. Yo habia nacido para la virtud y felicidad, y me creí venturosa. Un solo instante cambió mi suerte...... fuí esposa...... ya no lo soy..... fuí madre, y se me atribuye á delito tan sagrado nombre..... era inocente, y aun lo soy, de lo que es el cielo buen testigo, y pérfidamente se me acusa: mi honor, que antepongo á mi misma vida; está vulnerado, cubierto de infames

borrones, y de eterno oprobio......
Dios mio!.... Pueden resistirse tan crueles martirios sin morir de dolor?

Car. A qué funestas imágenes (*Aparte.*) á qué ideas llama mi memoria la relacion de esta muger!.... qué sospecha concibe mi corazon!... por qué palpita? por qué tiembla?

Emil. Decidme.... Un frio sudor cubre al preguntaros..... Es verdad lo que me han dicho?

Car. Qué?

Emil. Que conoceis á Cárlos Polbieski.

Car. Le conocí, y le conozco.

Emil Vos! á dónde? cómo? Ah! Sin duda me engañais.... os burlais de mis lágrimas.... Ah cruel!

Car. Qué relacion teneis con él? y por qué causa os interesais tanto en sus cosas?

Emil. Ah!.... Me intereso mucho mas de lo que podeis imaginar.... mas de lo que yo misma puedo comprender.... Yo le amaba..... Idolatraba en él.....

Car. Vos á Polbieski?

Emil. Con el mas puro, el mas tierno y fino afecto...... Por deber y de derecho era mio, sí, él solo era mio.

Car. No cabe duda..... (*Aparte y con viveza.*) esta es mi esposa, sí, ella es. Bien me lo anunciaba el corazon.... O Dios! Cómo y á dónde la vuelvo á ver?.... Ah.....

Va á tirarse á los brazos, y ella lo rehusa.

Emil. Qué intentais? Qué exceso es este?

Car. Señora, veriais gustosa al desdichado Carlos? Le renovariais vuestro cariño? Le otorgariais vuestros amantes brazos?....

Emil. Y aun la vida.

Car. Sostened vuestra palabra, y le vereis.

Emil. Justo Cielo!.... Qué decís?.... Qué hablais!....

Car. Polbieski vive.

Emil. Dónde se halla? Decidme... dónde está?....

Car. Mas cerca de lo que juzgais; se halla en esta ciudad, y aun en este albergue.

Emil. Por qué tarda? Cómo no se presenta? Por qué no busca á su amada y tierna esposa? Ah! no quiere ya á su infeliz Emilia!

Car. Sí que la ama, mas que nunca, que á sí mismo. Por ella conserva la vida entre el piélago de las desgracias que le rodean.... Su bella imágen era el único confortativo que le infundia nuevo vigor para superar sus desdichas, la que solo le consolaba, y solia inundar con las tiernas lágrimas, así como la beso y llanto, depositándola en vuestras manos. (*Le da el retrato.*)

Emil. Qué veo! Eres Cárlos? (*Corre hácia la luz, y le mira con entusiasmo, y Cárlos la sigue.*)

Car. Sí, esposa, y para que lo confirmes mira esta frente. (*Se echa á sus pies y descubre su frente.*)

Emil. Justo cielo! (*Le mira, se sorprende, y la sorpresa le causa un desmayo.*)

Car. El te abre sus brazos.

Emil. Carlos.... muero! (*Al querer arrojarse en sus brazos desfallece y cae.*)

Car. Emilia.... mira... O Dios!.... Yo soy quien te llama.... Tu Cárlos.... esposa?....

Rey. No puedo resistir mas; me siento enternecido, y las lágrimas bañan mi rostro.

El Rey se adelanta para socorrerla, pero se detiene con la salida de Brin.

ESCENA VIII.

Brin, bajando de prisa por la escalera, y dichos.

Brin. Ah Señor!... qué desórden!.... qué peligro!... estoy perdido!....

Rey. Qué sucede?

Brin. Los he visto ahora yo mismo..... entraron ya... y bajan aquí....

Presid. Quién?

Brin. Un Oficial de la sala y dos ministros.... el Senescal y su Secretario.

Presid. Y qué buscan?..... Qué quieren?...

Brin. Lo ignoro: no se lo pregunté... Permitidme retirar estos presos y prevenir....

Presid. No, que deben quedarse aquí. Yo os lo mando.

Brin. Señor, si el Senescal descubre...

Presid. Las órdenes del Rey os defienden, y yo quedo á la vista.

Se retira con el Rey al fondo.

Brin. Ya llegan.

Rey. No puedo contener mi furor.

ESCENA IX.

Un Oficial, dos ministros de justicia y dichos.

Ofic. ¿Dónde se halla el supuesto Polbie ki?

Brin. Aquel es. (*Señala á Cárlos, que se halla ocupado en el socorro de su esposa.*)

Ofic. Infeliz! Adora la clemencia del Soberano (*á Carlos*) y venera sus preceptos. El te indulta la pena y el deshonor de un público suplicio, concediéndote la gracia de morir dentro de estas cárceles. Llegad. (*A los ministros.*)

Car. Cómo? De este modo se atreven?.. Temblad de profanar el augusto nombre del Soberano con un acto....

Ofic. Impostor, tiembla tú mismo. No hay suplicio que pueda castigar tu delito.

Car. Ay de mí! Dónde está el Presidente?.... Lo que él me dijo? indignos! no os horroriza asesinar á un inocente?

Ofic. Inútiles ardides! Ministros, cumplid vuestro deber, obedeced.

Los Ministros lo agarran, Carlos se deshace de ellos, empuña sus cadenas y dice resuelto.

Car. El cielo fortalecerá á un inocente, y pereceremos todos.

ESCENA X.

Senescal, que baja precipitado, y dichos.

Senes. Por qué tardais? Si se resiste, caiga á mis plantas víctima de su obstinacion. (*Los ministros sacan las espadas.*)

Rey. Temblad todos. (*Desasiéndose del Presidente que le contenia.*) Infeliz el que dé un paso! ola!.. entrad.

Se abre la puerta de enmedio, salen criados con hachas encendidas, y guardias reales conducidas por el Baron de Elving, formando medio círculo.

Car. Qué veo! (*A un tiempo.*)

Brin. Es el mismo.

Senes. Estoy perdido!

Ofic. Dónde me ocultaré!

Se forma un cuadro, postrándose todos en diferentes actitudes de sorpresa, júbilo y temor; el Presidente queda al lado del Rey, en pie, el

Senescal tambien en pie, pero en una postura humilde. Emilia permanece desmayada.

Rey. Senescal, mañana nos veremos.... (*severo.*) que al momento (*á Brin.*) quede libre de sus prisiones este hombre, y se socorra á esta infeliz. Mañana comparecerán á mi audiencia cuantos se hallan presentes. Presidente, vamos; la mano del cielo os condujo á mi lado; proseguid iluminándome.

Presid. Siempre será mi deber y gloria amaros y obedeceros.

Parten todos menos Brin y Carlos que quedan socorriendo á Emilia.

ACTO QUINTO.

Salon regio con trono; á un lado puertas, y en el foro se dejará ver por la reja una gran plaza, en la que habrá pages y guardias de corps, distribuidos en buen órden.

ESCENA PRIMERA.

Baron que entra por una puerta lateral.

Bar. Todo esté pronto para la marcha de S. M... Abransé las puertas y entren los suplicantes, pues antes de su marcha se complace el Soberáno en darles audiencia.

Se abren las rejas que hay en el foro, y entra mucha gente que las guardias detenian.

ESCENA II.

El Conde y dichos.

Cond. S. M. viene. ¿ Están avisados los que deben estar presentes á esta audiencia ?

Bar. Sí Señor, se han avisado á todos los miembros del Tribunal, al Director del conservatorio de los huérfanos, al Senescal, al Carcelero, y demas. Este momento es crítico, y debe excitar mucha agitacion en varias almas.

Con. Lo mismo me persuado.

Bar. Dónde está el Presidente ?

Con. Con el Soberano, á quien no abandona un momento: no pueden muchos gloriarse de una confianza tan completa como la que disfruta de S. M. el Presidente.

Bar. Es virtuoso y la merece.

Con. El Senescal viene. (*Mirando.*)

Bar. Qué discursivo y descolorido! en verdad no cambiaria mi suerte por la suya.

Cond. Querido amigo, vos conoceis lo que es este pais; y para los grandes las tempestades son pasageras.

Bar. No obstante, pueden ser terribles y dañosas.

Cond. Mudemos de conversacion, que llega.

ESCENA III.

Senescal muy agitado y muy taciturno, su Secretario y dichos.

Senesc. Me siento atribulado. (*Al Secretario. Se quita el sombrero, saluda, y le corresponden.*)

Secret. Es preciso que mostreis valor, pues que teneis en vuestra defensa tales apoyos.

Senesc. Cierto es, mas sin embargo, no puedo tranquilizarme.

Secret. Al presidente no teneis que temer; pues se halla despojado de su empleo, y no tiene poder alguno.

Cond. S. M. llega. (*Todos se preparan al saludo como corresponde.*)

Senesc. Oh! Cómo al oir este nombre me late el corazon!

Secret. Aparentad alegría, sed franco y ocultad vuestro sobresalto, porque de lo contrario os podria perjudicar.

ESCENA IV.

El Rey, el Presidente y guardias de corps que le preceden y cierran la comitiva, y dichos.

Senesc. Permitidme, gran Señor, que á vuestros pies.....

Rey. Qué haceis, Señor Senescal? Qué ceremonias! Qué intempestiva humillacion! (*Disimulando su enojo.*)

Senes. O Dios! no estoy en mí.

Rey. Perdonad si esta noche os he causado una sorpresa, que quizá........ pero la necesidad....... el deber de un buen Soberano es el vigilarlo todo. Sin embargo, me persuado no me resultará mal alguno, antes bien es necesario sepais por mi boca lo que he resuelto sobre el particular.... Baron de Elving, dónde están los que he mandado comparecer?

Bar. Esperan, Señor, vuestras órdenes. (*El Rey hace seña de que entren.*) Entrad, Señores.

ESCENA V.

Carlos vestido de Militar; pero conservando su aire pálido y marchito. Emilia vestida decentemente, con rostro descolorido y abatido; el director del conservatorio conduciendo de la mano á un niño; Mayor, Steing y Brin.

Rey. Señores, esta es la vez primera que os hablo públicamente. Deseo que todos se aprovechen de mis palabras y deseos.... Señor Militar, acercaos....

(*Carlos se acerca con modestia.*) Senescal, ahora que ha depuesto su indecente trage, mirad á este hombre, examinadle bien, y decidme si le conoceis?

Senesc. Yo (*Levanta la cabeza agriamente, le mira y dice*) no le conozco.

Carl. No?.... Ah!... pé f...

Rey. Moderaos. (*á Carlos.*) No obstante, me parece debierais conocerle. Miradle bien. Qué no conoceis á vuestro primo?

Senesc. Quién?

Rey. Vuestro primo Cárlos Polbieski.

Senesc. Gran Señor, eso no puede ser.

Rey. Por qué?

Sene. Porque mi primo Polbieski murió.

Rey. Quién lo dice?

Senesc. Esta certificacion de su propio regimiento, y la deposicion de un Tribunal.

Rey. De esos dos señores? (*Señalando á los Diputados.*)

Senesc. De los mismos.

Rey. Oid lo que dice esa muger, que es su esposa. A esta bien la conocereis? Oidla, que podrá deponer tocante á si es su marido, mejor que esos Señores.

Senesc. Qué dice?

Emil. Que este es Carlos Polbieski, mi adorado esposo.

Rey. Oid tambien á Brin, Alcaide de las cárceles, que le conoció un tiempo mucho mejor que yo os conozco á vos, Senescal.

Senesc. Y qué puede decir?

Brin. Digo y afirmo que este es Carlos Polbieski.

Senesc. Qué fuerza puede tener la voz de un hombre, á vista de unos documentos tan respetables? Ni qué autoridad la confesion de una muger, que por la ley ha sido castigada de un reo delito, y como tal se halla privada de probar cosa alguna en

derecho de justicia?

Rey. Cierto es: Una muger que las leyes han condenado, no puede hacer prueba alguna en juicio; pero antes es preciso examinar si esta muger se halla verdaderamente culpada del delito que se la imputa, y si es este mismo, ó la malicia, como creo, quien la ha condenado.

Senesc. Su sentencia habla claro.

Rey. Cual sentencia?

Senesc. La que pronunció el Tribunal del crímen.

Rey. De esos señores?... Ya.... Y en qué la fundaron?

Senesc. En haber dado esa muger un niño á luz despues de diez meses cumplidos que se habia ausentado su esposo.

Rey. Presidente, teneis aquellas cartas?

Presid. Aquí están.

Rey. Estas son de Polbieski, escritas desde el campo á su esposa, pocos dias antes que sucediese su supuesta muerte; y halladas por el Presidente entre los procesos del Tribunal, y separadas con artificio de la causa que se ha seguido.

Senesc. Y bien?

Rey. Esto comprueba, que desde entonces su esposa llevaba en su seno el fruto de su feliz union.

Senesc. Pero Señor, cómo es posible....

Rey. Esto supuesto: vos, Presidente, que sois legal, decid: nuestras leyes reconocen por legítimo á un hijo que haya nacido aun despues de diez meses?

Presid. Sí Señor; no hay la menor duda; pues la naturaleza ha presentado mil naturalidades. Y varios observadores en sus escritos nos lo dicen.

Rey. Ademas: si el mismo Polbieski en sus cartas reconoce por suyo este hijo, la sentencia que condenó á esta muger es injusta, y queda anulada desde este instante: luego si la muger es inocente, puede probar en juicio; y testificando una esposa la existencia de su marido, ¿cuál declaracion puede ser válida y segura?

Senesc. Pero la fé debida á los Señores diputados..... su sentencia....

Rey. Qué fé quereis que yo dé á unos miembros corrompidos, que venden al peso de oro la recta justicia, y las vidas de sus conciudadanos?... Todo lo sé, Senescal: dos preciosas sortijas (*Señalando.*) hicieron decidir la inexistencia de ese infeliz: cuatrocientos sequíes, del honor y la libertad de su muger, de los bienes, y la fama; de un inocente niño encerrado en el puesto del oprobio. Ahí está ese desdichado... (*Todos le miran, y sus padres con mayor ternura indicando la alegría que les causa el hallazgo de su hijo.*) Oid desde el fondo de su corazon, como agoviado de sus desventuras, os habla por mi boca.... Pérfido pariente, no te basta haberme quitado los bienes y la existencia civil, haberme sepultado en el olvido, quitar el honor y la libertad á mi madre, sino que quieres tambien usurpar la vida de mi amado padre?... Qué te he hecho para que de este modo me odies? Qué te ha hecho toda esta infeliz familia?.... Temblad de la justicia del cielo, y del Soberano: ella no está léjos: tiembla, tiembla, ó desalmado! de sus justos rigores..... Ahora lo que yo mismo te digo, y sean estas las últimas expresiones que oigas de mis labios, infame, detestable, hombre con acciones de fiera, despójate de esas respetables insignias que te distinguen. La voz del pueblo oprimido por tus exterioridades, por tus injusticias: la voz de tu Rey te lo impone; sí, depon aquellas honradas insignias que has profanado, y aquel

carácter y grado que has envilecido. Otro mas digno, mas prudente y sabio que tú, está elegido para ocuparle. Este (*por el Presidente.*) es tu sucesor.... Ruborízate, confúndete de haberle perseguido: en el mismo tiempo que empleabas en su ruina, has fabricado la tuya. Prepárate á dar cuenta de tu conducta, y á ser castigado con todo el rigor de las leyes. Capitan, á vos os lo entrego, me respondereis de su persona.

El Senescal abrumado del peso de su delito: dice, Ah!.... Estoy perdido! (*Se va entre la tropa.*)

Presid. Ah!.... mi Soberano!.... Esta recompensa tan generosa.... (*De rodillas*) estos premios exceden....

Rey. Callad y levantaos.... Y vosotros, inicuos corruptores (*A los Diputados.*) de la justicia.... mas no quiero envilecerme con castigaros ni reprenderos. Salid de aquí: os destierro de mis dominios para siempre; y ójala pudiera echar de vuestros pérfidos y contaminados corazones tantas horribles y abominables culpas. (*Se van el Mayor y Steing muy afligidos.*) Presidente, á vuestro cargo dejo substituir sus empleos en unos hombres de luces y providad conocida.... Vuestros primeros pasos en la carrera del gobierno sean dignos de aquella alma noble que os engrandece. Amad al justo y proteged al oprimido; sed el amigo, y no el tirano de la humanidad: vosotros, esposos hasta aquí desgraciados, reuníos: Yo os devuelvo vuestro legítimo hijo (*le reciben y abrazan*) vuestros bienes y empleos, y os concedo mi amistad. Amadme, y vivid felices. Nobleza y plebe de Lemberg, yo os dejo; mas antes de hacerlo os he querido dar una prueba de mi cariño, accediendo á vuestros votos, y reparando vuestras necesidades. Sedme tan fieles como mi amor lo es para todos, y no olvideis que en cualquiera circunstancia, uno de mis primeros cuidados y de todo buen Soberano, es el hacer dichosos y felices á sus vasallos.

Presid. Ah Señor!

Car. Príncipe justo y clemente....

Emil. Generoso Monarca!......

Brin. Padre benigno.....

Cond. La comitiva espera.

Rey. Amigos..... Hijos mios..... A Dios. *Se encamina por las rejas seguido de todos; el Presidente á la derecha, y le da el brazo para entrar en el coche. Baron y Conde entran despues; otros cortesanos en otros coches; y todos los que quedan, gritan:* Viva.

FIN.

VALENCIA:
Imprenta de Domingo y Mompié.
1821.